

ÍMAC XIOM
SÈLLAV ÉVILO

Dios
en las
pequeñas
cosas

A modo de juego para profundizar en la espiritualidad

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo
ningún concepto puede destinarse a la venta

Catalunya, 2016

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

**Dios
en las
pequeñas
cosas**

(A modo de juego para profundizar en la espiritualidad)

ÍNDICE

| | Página |
|--|---------------|
| Introducción | 7 |
| PARTE I (Relatos) | 13 |
| Núm. 1 Crec, crec, catacrec, catacrec, crec, crec | 15 |
| “ 2 ¿Pequeñas o grandes cosas? | 18 |
| “ 3 El voluntariado | 21 |
| “ 4 El Moncho | 26 |
| “ 5 Una sonrisa, por favor | 29 |
| “ 6 Donación de sangre | 32 |
| “ 7 La portera amable | 35 |
| “ 8 A punto de entrar al quirófano | 38 |
| “ 9 Contrastes | 40 |
| “ 10 La cuidadora gentil | 42 |
| “ 11 Vecinos | 45 |
| “ 12 El belén de Navidad | 48 |

| | |
|--------------------------------------|-----------|
| PARTE II (Dinámica del juego) | 51 |
| Participante A (la maestra) | 56 |
| “ B (la médica) | 59 |
| “ C (el autocomplaciente) | 62 |
| “ D (el homosexual) | 65 |
| “ E (el místico) | 68 |
| “ F (el ama de casa) | 74 |
| Epílogo | 77 |

INTRODUCCIÓN

Descubrir a Dios en los hechos aparentemente insignificantes o cotidianos no acostumbra a ser fácil. Es lógico que cautive más contemplar el firmamento estrellado en lugar del deambular de una hormiga. Y, no obstante, su presencia existe igualmente tanto en un caso como en otro. Pero, para apreciar el valor de la sencillez y ser conscientes de la mano de Dios en todo aquello que nos rodea, hay que disponer de una especial finura de espíritu, no poca sensibilidad y llevar a cabo un esmerado ejercicio de observación. Del mismo modo –parece como si Dios, en ciertas ocasiones, talmente se escondiera– aun siendo absolutamente cierto que Él se halla siempre en la grandeza del ser humano, es difícil reconocerlo también en sus miserias, dispuesto en todo momento al perdón.

A la mayoría de nosotros no nos gustaría abandonar este mundo del mismo modo como lo hemos encontrado, sino todo lo contrario: deseáramos ayudar a paliar el hambre, a erradicar enfermedades, a detener las guerras, a eliminar las injusticias y la crueldad. Sin embargo, muy probablemente, nos tendremos que conformar con

protagonizar pequeñas cosas o, simplemente, en reconocer su bondad. ¡Y aun gracias! De todas maneras, no olvidemos que muchas pequeñas cosas pueden llegar a configurar una de muy grande. Igualmente, hay que ser conscientes que una cosa muy pequeña –como, por ejemplo, una semilla– puede convertirse en un gran árbol e, incluso, dar fruto.

A lo largo de este libro encontraréis unas breves historias –el número de las cuales podría ser infinito–, escritas en primera persona, los protagonistas de las cuales son reales pero anónimos. Por esta razón no figura ningún tipo de presentación. En cuanto a los hechos relatados son absolutamente verídicos, aunque en ciertas ocasiones no lo parezca, es decir, alguien los ha vivido o ha sido testigo directo de ellos. El objeto de su exposición es doble: por una parte, aspira a estimular la percepción del lector para que, también él, aprenda a descubrir a Dios precisamente en las pequeñas cosas que mencionábamos en el párrafo anterior. Pero, además, se propone una especie de juego que puede llevar a cabo un grupo de personas dispuestas a enriquecerse mutuamente en el campo de la espiritualidad. En la segunda parte del libro figura un ejemplo, a modo de sugerencia, de la dinámica a seguir.

Y una última observación, si se me permite: desconfiad de aquel que os diga que ha conseguido definitivamente captar a Dios en las pequeñas cosas, porque esto equivaldría a afirmar que vive constantemente consciente de su presencia. Y esta consciencia –como la felicidad– creo que no puede ser nunca un estado, sino un proceso, un camino perseverante que es necesario llevar a cabo, día a día, humildemente, como peregrinos que somos todos en este mundo.

PARTE I
(Relatos)

RELATO NÚM. 1

Crec, crec, catacrec, catacrec, crec, crec

He sido un paseante habitual de la Rambla de Barcelona del siglo pasado, cuando aún se podía circular con cierta tranquilidad por la misma, y un domingo por la mañana iba observando con curiosidad las llamadas «estatuas humanas» que, a ambos lados del paseo, representaban las imitaciones y las creaciones más extravagantes que alguien pueda imaginar. Desde figurantes caracterizados de *cowboys* o indios americanos, pasando por Alicia en el país de las maravillas, hasta unos esqueletos motoristas y un vendedor de eructos al lado de un cartel con un escrito que decía: *me eructo por 50 pesetas; tres eructos, 100* [sic], el repertorio de sorpresas puede decirse que era inacabable. También había un espacio dedicado a los artistas artesanos, y otro a los pintores; y más personajes insólitos tales como faquires, contorsionistas, bailarines y no recuerdo nada más, pero todos sin excepción, en busca del óbolo de los viandantes ocasionales que iban desfilando boquiabiertos a lo largo de aquel espectáculo.

En medio de aquellas representaciones tan sorprendentes como extravagantes, aquella mañana

observé por primera vez un debutante más bien digno de lástima que de otra cosa: un anciano sentado en el suelo, que con dos pedazos de caña había improvisado una especie de instrumento de percusión que emitía un ruido absolutamente ridículo: «crec, crec, catacrec, catacrec, crec, crec». Y así, sin detenerse, con un pequeño plato de hojalata vacío a su lado, aquel pobre hombre pretendía obtener una caridad que nadie le ofrecía, recogiendo más bien la burla, más o menos disimulada, de aquellos que iban desfilando ante él. Confieso que me dio mucha pena. ¿Qué historia de infortunio debía esconderse detrás de aquel triste semblante? ¿Cómo había ido a parar en aquella situación el hombre que estaba sentado en el suelo, esperando que alguien se compadeciese de él y le ofreciera alguna moneda?

En mi bolsillo, por supuesto, yo no guardaba ninguna fortuna, pero, acercándome a aquel infeliz, vacié discretamente todo su contenido en el plato de hojalata.

Inmediatamente, el hombre detuvo su «concierto», levantando la cabeza para averiguar si aquel regalo provenía de alguna alma caritativa o había caído del cielo. No hubo necesidad de decir nada; sus ojos reflejaban una mezcla de sorpresa y agradecimiento que lo decían todo y, espontáneamente, puse mi mano en su espalda en un gesto amistoso, al tiempo que me retiraba

respetuosamente de su lado. Tras aquella «pequeña cosa», mientras seguía andando por la Rambla y me alejaba del músico surrealista, parecía como si aquella música-ruido se oyera cada vez con más intensidad: «crec, crec, catacrec, catacrec, crec, crec»...

RELATO NÚM. 2

¿Pequeñas o grandes cosas?

En ciertas ocasiones es muy difícil distinguir entre las cosas grandes y las pequeñas. Así lo experimenté un verano de los años setenta del siglo pasado, en un cursillo para aprender francés en la Universidad de Pau, al sur de Francia. Este tipo de actividades, aparte del interés para practicar o perfeccionar una lengua extranjera, también son muy interesantes y enriquecedores, porque ofrecen la oportunidad de convivir con gente de otros países y, consiguientemente, conocer diferentes costumbres y culturas. Concretamente, en aquel cursillo había gente de diversas nacionalidades: turcos, japoneses y, lógicamente, europeos. Entre estos últimos, aparte de los catalanes como nosotros, no faltaban los alemanes y los italianos. Y también algunos polacos. Precisamente, de esta nacionalidad, tanto a mí como a mis compañeras, nos llamó la atención una mujer, de unos cincuenta y cinco años, que se relacionaba muy poco con el resto de los asistentes, incluyendo a sus compatriotas. A pesar de mostrar un comportamiento absolutamente correcto hacia las personas que la rodeaban, parecía estar constantemente inmersa en sus pensamientos, y

raramente participaba en conversaciones informales con el resto de compañeros. Si entonces hubiese tenido que opinar, sin más información, sobre si aquella persona era capaz de protagonizar alguna pequeña cosa, en la cual poder entrever la mano de Dios, reconozco que, injustamente, me habría equivocado.

El hecho es que, un domingo por la mañana en que llovía a cántaros y yo no disponía de paraguas, estaba aguardando a que terminase de llover, cobijada bajo el dintel de la puerta de salida de la universidad, no negaré que con una cierta sensación de claustrofobia por tener que permanecer en un espacio cerrado, sin poder aprovechar aquel paréntesis de recreo. Fue entonces cuando aquella mujer enigmática, perfectamente equipada con un impermeable, también se disponía a salir y se detuvo para observarme. Entonces, sin intercambiar palabra alguna, se quitó el impermeable y me lo ofreció para que lo usara yo. Ante mi enérgica negativa a aceptar su gesto, realmente generoso, de una forma tan sencilla como convincente, me dijo que, para ella, no tenía ninguna importancia permanecer dentro de un recinto sin salir de él, «porque ya estaba habituada». Sin comprender exactamente el sentido de sus palabras, no fui capaz de rechazar su gentileza.

Hoy, en circunstancias parecidas, y sin saber lo que aconteció a continuación, pensaría que aquello no fue mucho más que un simple acto de cortesía y que ni tan solo llegaba a consistir en una «pequeña cosa». Pero el caso es que al quitarse el impermeable, observé que en su antebrazo izquierdo tenía tatuados un triángulo y un número de cuatro o cinco cifras de color gris oscuro. Ella, al darse cuenta de mi mirada involuntariamente curiosa, a su vez se miró el tatuaje antes de mostrármelo con toda «naturalidad» –no sé si calificarlo así–, mientras me decía: *estuve cautiva dos años y medio en Auschwitz. Solo se nos tatuaba un número como este, con aguja y tinta, a los prisioneros destinados a los campos de trabajo. A los que iban directamente a las cámaras de gas, como sucedía con todos los menores de quince años o los viejos, no.* Me parece que no es necesario añadir nada más. ¿Una pequeña o una gran cosa, con la mano de Dios presente en la acción de la mujer polonesa?

RELATO NÚM. 3

El voluntariado

El voluntariado, con su extenso abanico de posibilidades, es una de las formas más ricas para llevar a cabo pequeñas cosas. Si bien es cierto que según quién no hace nada a cambio de nada, los voluntarios son personas que, sin ningún ánimo de lucro, y de manera totalmente altruista, dedican una parte de su tiempo a aquellos que lo necesitan, sean personas ancianas que viven solas, jóvenes que precisan información u orientación, gente sin hogar o inmigrantes –adultos o menores de edad– que, aun deseándolo, les resulta difícil integrarse en nuestra sociedad.

Conozco más de un caso en que alguien, anónima y discretamente, contribuye a paliar las dificultades económicas de los desheredados de la fortuna. También tengo conocimiento de numerosos voluntarios y voluntarias, que dedican regularmente parte de su tiempo libre para acompañar a personas ancianas que viven solas por carecer de familia, o porque ésta habita lejos, y que no disponen prácticamente de nadie para poder conversar. La soledad es quizás una de las pobreza más tristes que existen, y saber escuchar ciertas historias o

anécdotas, a menudo varias veces repetidas, aun tratándose de detalles sin importancia, poseen un valor nada despreciable. Al fin y al cabo, esto hace que la persona anciana aún se sienta viva, porque alguien se interesa por ella y le presta atención. Y no es necesario ir muy lejos para encontrar gente solitaria en parecidas circunstancias. A buen seguro que no muy lejos, alguien nos está esperando para charlar un rato, jugar media hora a las cartas o disponer de un brazo en el que apoyarse para ir a la consulta médica o pasear tranquilamente. O, sencillamente, para compartir unos minutos de compañía.

Los inmigrantes son un capítulo aparte. Muchos de ellos, a causa de las guerras, las persecuciones, el hambre y la miseria, buscando un futuro en el cual su vida no se vea truncada a medio camino, o simplemente pensando que aquí es Jauja, llegan carentes de todo –en ocasiones, jugándose literalmente la vida, estafados por mafias sin ningún tipo de escrúpulos– y una vez aquí, sin haberlo imaginado, descubren un mundo hostil. No deja de ser sorprendente con qué facilidad se olvida que, tarde o temprano, todos tendremos que emigrar. Y para siempre jamás. Por lo tanto, son de agradecer los organismos asistidos por voluntarios que atienden y orientan a los recién llegados. *Porque estuve hambriento, y vosotros me disteis de comer; estuve*

sediento, y me disteis de beber; llegué como un extraño, y me recibisteis en vuestra casa (Mt 25,35).

Para terminar este relato, no puedo dejar de mencionar una experiencia personal, vivida juntamente con un grupo de compañeros y compañeras, todos con vocación de servicio, en los años setenta del siglo pasado, cuando este país aún había de observar la democracia a distancia. Me estoy refiriendo a un organismo llamado SIPAJ, pionero en todo el Estado, el cual, cuando dejó de existir –toda primavera termina en junio–, diferentes medios de comunicación se hicieron eco de ello. Tal vez lo más ilustrativo para describirlo será reproducir una de las cartas al director publicadas, concretamente en el diario *Avui*, el 21 de abril de 1999, con el título «SIPAJ, final de trayecto»: *Hace veinticuatro años, los que firmamos esta carta, y algunos más, concebimos la idea de crear una entidad con la finalidad de ofrecer un servicio informativo y colaboración en todo tipo de actividad juvenil con carácter lúdico y formativo. Fue así como nació el SIPAJ (Servicio de Información y Promoción de Actividades Juveniles), gracias a la ilusión de un grupo de jóvenes procedente de “Trobades de Joves de Montserrat”, el cual, desde su comienzo, recibió el soporte de Càritas Diocesana de Barcelona (en aquel entonces dirigida por mosén Manel Claret) y de las religiosas Reparadoras, las cuales ofrecieron*

desinteresadamente el uso de su local en la calle Caspe, núm. 49 de Barcelona.

SIPAJ recopiló progresivamente una importante base de datos de las materias que más interesaban en aquel tiempo al sector juvenil, transmitiéndola a través de canales institucionales y asociativos, boletines informativos, exposiciones, guías, correspondencia y soporte a actividades y entidades carentes de estructura propia, así como asesoría y atención personalizadas.

Ahora el SIPAJ ha dejado de existir, porque todo lo que ha venido ofreciendo a lo largo de estos años, llenando vacíos evidentes, actualmente está ampliamente asumido por la Administración, con muchísimos más recursos; y siempre es mejor una retirada digna que un apagarse sin sentido. La finalidad de esta carta, simplemente, es dejar constancia del hecho en sí, y mostrar nuestro sincero agradecimiento a las instituciones que nos han apoyado y al “Arxiu Nacional de Catalunya”, que ha aceptado acoger nuestro fondo documental, así como también a todos aquellos que, de una forma u otra, alguna vez han dado soporte al SIPAJ, o han prestado su colaboración, porque ellos nos han permitido ofrecer, gratuitamente, lo mejor de aquello que en cada momento disponíamos de nosotros mismos.

Podríamos decir que el SIPAJ constituyó un conjunto de pequeñas cosas inspiradas –i modestísimamente llevadas a cabo– por aquellas palabras de Jesús: *...el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir...* (Mt 20,28).

RELATO NÚM. 4

El Moncho

El Moncho era un muchacho de unos catorce o quince años, pero que, mentalmente, –desconozco por qué razón patológica– su comportamiento correspondía a un niño de seis o siete años, llevando a cabo constantemente las travesuras propias de dicha edad. Su madre manejaba la situación buenamente como podía, eso sí, con cierta tendencia a mimar a su hijo y a tratarlo como un niño pequeño, a pesar de la edad biológica que en realidad tenía.

Madre e hijo frecuentaban el mismo gimnasio al cual yo acudía regularmente para practicar deporte. El Moncho no puede decirse que trabajase duro, porque más bien acostumbraba a pasar el rato jugando con figuritas de plástico al lado de paralelas, espalderas y pesas, lo cual más bien representaba una molestia y un peligro para todos los allí presentes. Pero, ignoro exactamente por qué motivo, aquella situación era permitida y su presencia sencillamente se ignoraba. Era como si el Moncho no existiese. A veces pienso que para el propietario del gimnasio el Moncho solo era una cuota mensual a ingresar y no mucho más. Su madre, aunque

no permaneciese en la misma sala, era consciente de que su hijo provocaba un cierto rechazo, pero actuaba como si no se percatara de ello y los días transcurrían, manteniéndose, más o menos, todo igual. Sin embargo, a partir de un cierto momento, sí que alguna cosa empezó a cambiar, porque el Moncho descubrió la forma de hacerse presente. El gimnasio estaba situado en la tercera planta de un edificio y cada vez que él y su madre cogían el ascensor para subir o bajar, al abrir la puerta para que entrara alguien, el Moncho se le echaba prácticamente encima, al tiempo que emitía un grito como si fuera Tarzán de los monos. Por supuesto que su madre siempre lo reñía –tal como se riñe a un niño pequeño– y que aquél que entraba en el ascensor, antes que nada, tenía que recuperarse del susto, pero, acto seguido, solía avergonzarse a su madre mostrando una actitud indisimuladamente molesta.

Hasta entonces yo, personalmente, no había vivido aquella experiencia, pero estaba al corriente de los comentarios críticos de aquellos que sí que la habían –digamos– sufrido. De todos modos, tarde o temprano, tenía que llegar mi turno –no podía ser de otra manera–, sin que yo hubiese previsto qué hacer, porque pensé que, llegado el momento, ya lo improvisaría.

Así, pues, un día en que me disponía a subir, la puerta del ascensor se abrió y en su interior estaba el Moncho, como siempre acompañado de su madre, dispuesto a asustarme y a provocar que yo reaccionara apartándome bruscamente, fulminando con la mirada a su madre. Él va y grita: «¡Ahhhh!» y yo, en lugar de retroceder, molesto, lo abrazo y le digo con voz potente: «¡Hola, Moncho!». Y he aquí que el Moncho me mira, sorprendido, y con unos ojos abiertos como naranjas me pregunta: «¿Me conoces?». Y yo le respondo: «¡Claro que sí; tú eres el Moncho y estás hecho un crac!». Entonces el Moncho se vuelve hacia su madre, con una mirada que, traducida al lenguaje adulto, significa: «Lo ves, mamá: ¡existo!» Y cuando yo, a mi vez, también la miro con un gesto sencillo de simpatía, observo que sus ojos están resplandecientes y llorosos.

Y no pude añadir nada más, excepto una sonrisa ante ambos, tras aquella «pequeña cosa» que acababa de suceder, porque, he aquí, que la puerta del ascensor ya se estaba volviendo a abrir...

RELATO NÚM. 5

Una sonrisa, por favor

Uno de los efectos perversos de las crisis económicas es que la gente en edad laboral se ve obligada, más que nunca, a dedicarse a lo que puede –cuando puede– en lugar de a aquello que le gustaría y está capacitada. Es por ello que cuando veo a alguien que trabaja, por ejemplo de cara al público, con una sonrisa sincera en los labios, me admira y pienso que esta persona es muy afortunada, porque es protagonista de una excelente pequeña cosa al contagiar cordialidad a su entorno.

No conozco a mucha gente de este tipo, y la poca que he podido observar podría considerarse que, casualmente, corresponde a personas que llevan a cabo tareas más bien sencillas, de escaso o nulo contenido creativo. El hecho es que en la tienda donde habitualmente hago mis compras de fruta y verdura, trabaja una dependienta joven que transmite alegría por todos lados. Tanto da si ha de pesar y cobrar una col como un kilo de zanahorias o de manzanas; ella siempre muestra una sonrisa de oreja a oreja al tiempo que da las gracias y te saluda con una simpatía envidiable. Quizás este ejemplo es excesivamente sencillo. Tal vez una

sonrisa es una cosa demasiado pequeña para descubrir en ella la mano de Dios. Es posible. No obstante, todo depende de la circunstancia, teniendo en cuenta que, a veces, una sonrisa puede tener un sentido mucho más profundo de lo que puede parecer a primera vista. A modo de ejemplo, recuerdo que en cierta ocasión fui protagonista de un hecho que me impresionó. El caso es que, por razones profesionales, yo acostumbraba a frecuentar un despacho comercial para tratar asuntos puramente administrativos con una empleada del mismo, sin ir nunca más allá de una relación estrictamente cortés, por lo cual, un día, me sorprendió un poco su extrema amabilidad al despedirnos y hacerlo ella con un beso en cada una de mis mejillas y una amplia sonrisa en sus labios. Naturalmente, este hecho no habría tenido más importancia si no hubiese sido porque, al cabo de pocos días, recibí la noticia de su defunción. Fue entonces cuando comprendí que aquella despedida tan afectuosa era la última que me ofrecía aquella persona –según supe posteriormente, gravemente enferma desde hacía tiempo–, consciente de que su vida se estaba apagando y quería que yo guardase un grato recuerdo de ella.

¡Cómo sería la vida si todos tuviésemos motivos para sonreír! Desgraciadamente, no es así, porque en este mundo, demasiado a menudo las risas exageradas

carecen de sentido. El mismo papa Francisco, en su encíclica *Evangelii gaudium* (6), lo constata: *Hay cristianos cuya opción parece una Cuaresma sin Pascua. Pero reconozco que el gozo no se vive de la misma forma en todas las etapas y circunstancias de la vida, en ocasiones muy duras.* Posteriormente, en una de sus típicas declaraciones a los medios de comunicación, también hizo referencia a este tema, diciendo que «no le gustaban los curas con cara de vinagre».

Para que nuestra sonrisa no sea como el mensaje de un naufrago lanzado al mar dentro de una botella, que nunca se sabe si, en un futuro incierto, llegara a algún destino, solo me atrevo a sugerir que, cuando ello sea posible y apropiado, sonriamos; y cuando no, no. Pero que nuestra predisposición nos incline siempre a transmitir cordialidad de cara a los demás e, incluso, hacia nosotros mismos.

RELATO NÚM. 6

Donación de sangre

Un ejemplo de cómo la suma de unas cuantas pequeñas cosas, en un momento dado, puede salvar incluso la vida de una persona, lo tenemos en una prima mía, ya fallecida, la cual, durante años, fue una asidua donante de sangre. Periódicamente acudía al centro médico en el cual le efectuaban la correspondiente extracción, y ella me había comentado en más de una ocasión, que lo hacía porque aquel gesto altruista, aun sin requerir un gran esfuerzo, creía que podía ser vital en un caso concreto de necesidad y que, mientras se llevaba a cabo la extracción, sentía «como si estuviese regalando vida».

No obstante, todo tiene un final y cuando cumplió setenta años le comunicaron que ya no era candidata a ser donante, porque esta edad es el límite tolerable, a partir del cual ya no es posible seguir ejerciendo esta acción de buena voluntad. En algunos lugares, cuando llega la última donación, se le entrega una pulsera roja al donante con una inscripción que dice: «Soy donante de sangre», que, en este caso, sería más exacto que dijese: «He sido...». No deja de ser un pequeño recuerdo. Cabe

destacar que también hay pulseras más pequeñas, igualmente de color rojo, evidentemente destinadas a gente menuda, en las cuales hay inscrito: «Cuando sea mayor donaré sangre». Todo un anuncio de buenas intenciones, con la esperanza de que, un día, se hagan realidad.

A mí, personalmente, la donación de sangre siempre me ha parecido un acto muy meritorio, teniendo en cuenta que, tarde o temprano, con ello, alguien se va a beneficiar de forma importante, ya que a nadie se le efectúa una transfusión de sangre si no lo necesita realmente, sea a causa de alguna dolencia que así lo requiera; como consecuencia de un accidente que, puestos a imaginar, podría sufrir un hijo del propio donante.

El caso es que, curiosamente, mi prima, cuando ya estaba a punto de cumplir ochenta años, empezó a verse afectada por una carencia de hierro en sangre que le producía una anemia gravemente persistente y fue entonces cuando tuvo la oportunidad –por decirlo de alguna manera– de situarse al otro lado de la donación, es decir, a convertirse en receptora. Y fue entonces cuando me dijo que en aquellos momentos comprendía que aquello que, en principio, ella consideraba que no tenía mayor importancia, para el receptor de la donación

podía ser un asunto de vida o muerte (para ella representó poder vivir algunos años más). Mi prima –muy devota ella– también pensaba que era una manera mediante la cual Dios le premiaba en vida, lo que ella había practicado, y siempre había interpretado como una pequeña cosa. Vaya usted a saber...

RELATO NÚM. 7

La portera amable

Pongámosle por nombre Teresa –¿qué importancia tiene el nombre?–, a la portera de la escalera de la casa de al lado. Pues bien, la Teresa era una mujer soltera, de unos cincuenta años, que jamás tenía un «no» como respuesta a la petición de ayuda de cualquier vecino que se lo solicitara y, como tantas otras personas –especialmente mujeres–, era como si estuviera casada con su madre o con su padre, cuando es necesario cuidarlos a causa de no valerse por sí mismos, a consecuencia de la edad o por alguna dolencia.

Efectivamente, Teresa cuidó a su madre durante muchos años, hasta su defunción, lo cual, a pesar de mantenerla ocupada la mayor parte del día –y de la noche– nunca fue motivo para responder negativamente al requerimiento de ayuda de algún vecino.

Así, pues, en cierta ocasión en que mi esposa y yo teníamos un compromiso ineludible que nos obligaba a estar ausentes de casa casi todo el día, y teniendo en cuenta el precario estado de salud de mi suegra, la cual vivía con nosotros y por lo tanto no era aconsejable dejar

sola durante tanto tiempo, no tardamos mucho en pensar que la solución nos la podía facilitar Teresa, acompañando a mi suegra durante casi una jornada entera. Dicho y hecho, no hubo necesidad de pedírselo dos veces porque, inmediatamente, tras sugerírselo, lo aceptó sin condición alguna.

Ya al atardecer, de vuelta a casa, encontramos a mi suegra y a la Teresa charlando animadamente, como si hiciese solo media hora que hubiesen coincidido. Cuando la Teresa se despedía, tras agradecerle sinceramente el favor que nos había hecho, y con un gesto que evitase ofenderla, le ofrecí un tentador billete a fin de compensar mínimamente el tiempo que nos había dedicado, pero ella lo rechazó enérgicamente aduciendo que no cobraba nunca nada a nadie por hacer compañía. Confieso que, a pesar de conocerla desde hacía bastante tiempo, me sorprendió. Hubiera sido muy fácil responder: «Bien, si insiste...», y coger el billete. Desde entonces, cada año, cuando se aproximaba la Navidad, le hacíamos un pequeño regalo, un obsequio minúsculo pero suficiente, creo, para mantener la llama que ella había encendido con una de sus pequeñas cosas.

Esta historia viene a cuento porque hoy, mi esposa y yo, hemos asistido al funeral de la Teresa. Un funeral sencillo, tal como a ella le gustaba que fuera todo.

Dentro de poco tiempo, es probable que nadie se acuerde de la Teresa (de todos nosotros tampoco, obviamente), pero la cantidad de pequeñas acciones que aquella mujer llevó a cabo, a buen seguro que no habrán sido en vano.

RELATO NÚM. 8

A punto de entrar al quirófano

Pues aquí estamos nuevamente. Tan solo hace unos minutos que me acaban de trasladar en camilla desde la habitación del hospital donde he pasado la noche hasta aquí, a la antesala del quirófano en que van a intervenirme. Mentiría si dijese que no estoy atemorizado: me atemoriza el momento en que se abrirán las puertas de la sala de operaciones, me empujarán adentro y apenas me saludarán con un «buen día» –aunque, por otra parte, ello parecería más bien una cruel ironía–. También temo ser anestesiado, porque lo encuentro lo más parecido a ir al otro barrio o, dicho más suavemente, es como un paréntesis en la vida de una persona, en el cual ni tan siquiera se sueña. Y tengo miedo del postoperatorio –soy optimista y doy por descontado que lo habrá– cuando, apenas abiertos los ojos, se oyen voces y notas una tremenda sequedad en la garganta. Pronto alguien preguntará si ya estás despierto y te dirá: «Ya está, ¿eh?» ¡Vaya suerte!

No puedo evitar revivir estas emociones, porque las he experimentado en varias ocasiones, y solamente dejo de pensar en ellas cuando alguien vistiendo bata blanca se

detiene a los pies de la camilla y da una ojeada a los informes médicos allí expuestos. Ya es el tercer sanitario que repite el mismo ritual, y yo cada vez tengo más la sensación de que, en lugar de un ser humano, más bien soy una especie de dossier conteniendo radiografías, analíticas, estadísticas de temperatura, electros y otros informes médicos parecidos.

Y, por encima de todo, lo que experimento en estos momentos es una terrible soledad. Los familiares y amigos –cuando los hay– han tenido que quedarse en la habitación o en la sala de espera, hasta que el cirujano los requiera para comentarles el resultado de la intervención.

Ahora se aproxima la cuarta bata blanca para repetir la ya conocida ceremonia: efectivamente, coge los papeles, los observa brevemente y en aquel momento noto un pellizco amistoso en el dedo gordo de mi pie. Medio sorprendido, medio asustado, miro de qué se trata y, ¡loado sea Dios: dentro de esta bata blanca hay una persona! Alguien que, por fin, me ha visto a mí además de mis analíticas y que, sonriendo, levanta el dedo pulgar de su mano derecha, como diciendo: «Tranquilo, hombre, no te preocupes, que todo irá bien». Y se va con una sonrisa en los labios que no tiene precio. Aunque solo parezca «una pequeña cosa».

RELATO NÚM. 9

Contrastes

En la constelación boreal del Cisne, que se encuentra vaya usted a saber a cuántos miles de millones de kilómetros de la Tierra, existe una estrella doble, de tercera magnitud, llamada Albireo. Con la ayuda de un potente telescopio puede observarse una particularidad que, en mi opinión, la hace especialmente diferente de la infinidad de otros cuerpos celestes que la rodean, consistente en que, aunque se le haya asignado un solo nombre, está formada por dos astros, en apariencia uno al lado del otro, y que, sorprendentemente, uno es de color amarillo y el otro azul. Un espectáculo fascinante; un fenómeno de la naturaleza que hace que nos preguntemos cómo es posible que el firmamento –¿infinito?– pueda acoger tanta maravilla. Realmente, no es difícil adivinar la mano de Dios cuando se contempla el prodigio de la creación. Pero sí que lo es cuando nos hallamos ante hechos en apariencia sin ningún tipo de importancia. Y es que, a veces, no apreciamos su valor como deberíamos porque, inconscientemente, los comparamos con aquellos que más nos impresionan, aunque la frontera entre las pequeñas y las grandes cosas a menudo es difícil de apreciar y depende en gran

medida de aquél que lo observa o de una circunstancia en concreto.

Hecha la observación precedente, no puedo evitar relatar que en el balcón de mi casa tengo una maceta con flores abundantes la mayor parte del año. Por la mañana de un domingo soleado descubrí, no sin cierta sorpresa, que un pequeño grupo de animalillos con alas –insectos, si hablamos con propiedad– más bien poco agradados, de cuerpo peludo y abdomen a rayas, como vistiendo pijama, estaban sorbiendo el néctar y captando el polen de mis flores, sin ningún permiso y sin respetar días festivos ni horario laboral alguno. Reconozco que no siento gran simpatía por las abejas, quizás porque temo que una «caricia» de su aguijón me estropee el día o, tal vez, porque pienso que no me gustaría ser un zángano. Sea por lo que sea, huyo de ellas.

Pero, he aquí que esta mañana, en el desayuno, he podido saborear una rebanada de pan tostado con una buena cucharada de miel encima. Un verdadero placer. Y, una vez más, la mano de Dios presente en una transformación aparentemente insignificante, la cual, claro está, no admite comparación con Albireo, pero, también, ¿por qué no?, en cierta medida, trascendente.

RELATO NÚM. 10

La cuidadora gentil

Por circunstancias que no vienen al caso, con cierta frecuencia he visitado residencias de ancianos y, aunque me sepa mal constatarlo, debo decir que el ambiente que normalmente se respira en ellas, no puede decirse que sea precisamente alegre. Las caras pretendidamente sonrientes y felices con que aparecen los componentes de la llamada tercera edad en los anuncios de las antiguas cajas de ahorros, o en las agencias de viajes, solo pueden interpretarse como un incentivo para atraer clientes. La vida, en general, es como una balanza en la cual coinciden momentos de alegría y de tristeza. Pero, hacia el final, estos últimos acostumbran a pesar más.

Las tareas de aquellos que están al cuidado de los residentes en este tipo de instituciones pueden ser realmente duras y poco agradecidas. Cada cuidador o cuidadora solo dispone de dos manos y dos piernas, y no puede atender debidamente la necesidad de ayuda o las posibles quejas, razonadas o no, de quienes lo requieren. Consiguientemente, el trabajo no suele resultar agradable, y fácilmente puede convertirse en una actividad que se lleve a cabo no por devoción sino por

obligación, con todos los componentes negativos que ello acostumbra a representar: rutina, falta de interés y –quizás lo peor de todo– carencia afectiva hacia aquellos que, en el atardecer de su existencia, más afecto necesitan.

De todos modos, de vez en cuando, como en casi todo, también existen excepciones: perlas escondidas. Efectivamente, nunca olvidaré la actuación de una cuidadora joven, casada y madre de dos hijas, según me contó, y que, además de las obligaciones familiares, por razones económicas, trabajaba haciendo sustituciones en una residencia que yo visitaba asiduamente. Ya desde el primer día en que la conocí, me sorprendió observar su actitud hacia todos. Tanto le daba servir en el comedor, como acompañar a alguien al baño a toda prisa, o escuchar e intentar resolver todo tipo de quejas. Siempre con una sonrisa en los labios, siempre con un gesto atento, siempre con una palabra amable, siempre anteponiendo el trato de señora o de señor al nombre de cada persona; con paciencia, consideración y respeto.

¡Cuántas «pequeñas cosas» llevaba a término aquella cuidadora de ancianos durante su jornada laboral! No me sería nada difícil creer que, cuando le correspondía hacer un turno de noche, cuando todos los residentes ya

estaban en cama, pasara a revisar si todo estaba en orden, dando un beso en la frente a cada uno de ellos...

RELATO NÚM. 11

Vecinos

Sin duda hay vecinos poco recomendables, incluso podríamos decir que indeseables. Otros, son más bien indiferentes: «Buenos días». «Buenos días». «Buenas tardes». «Buenas tardes». «Parece que ya ha llegado el buen tiempo». «Sí, ya era hora». Y no gran cosa más. Pero hay otros que realmente es de agradecer tenerlos. De estos últimos desearía hablar, es decir, de lo que puede calificarse como una buena relación de vecindario.

Está bien que, cuando necesitas huevos para hacer una tortilla y has olvidado comprarlos, puedas llamar a la puerta de al lado sin ningún problema para que te los presten, y que ello pueda hacerse con total confianza y reciprocidad. Pero si, por añadidura, puedes confiar en ayudar y ser ayudado en cosas más importantes, mucho mejor.

La sincera disponibilidad de algunos vecinos creo que merece una consideración más profunda. Por ejemplo, recuerdo el caso de una viuda que vivía cerca de mi casa, y que un día me comentó lo agradecida que estaba

respecto a otro vecino, el cual la había ayudado cuando su marido estaba enfermo en fase terminal. Sin ningún lazo familiar, ni relación especial alguna de amistad, aquel vecino se le ofreció incondicionalmente para ayudarla en todo momento para lo que necesitase y que, a la hora de la verdad, los favores y la ayuda que recibió de él eran impagables. Creo que mostrar tal predisposición dice mucho en favor de dicho vecino y que, en general, y sin miedo a exagerar, nuestra relación con las personas de nuestro entorno no deja de ser una semilla de convivencia la cual, empezando al lado de nuestra casa, puede extenderse al barrio, a la ciudad, al país y al mundo entero.

Y, ya puestos a hablar de los buenos vecinos, no puedo olvidar el caso que en alguna ocasión me había contado mi madre, ocurrido durante la Navidad de 1938, en plena Guerra Civil Española, cuando la tristeza y la precariedad de todo tipo afectaba a tantas personas sin culpa alguna. El hecho es que, en el mismo rellano del piso donde, aún soltera, mi madre vivía con mis abuelos, se alojaba una familia –matrimonio con cuatro hijos–, de aquellas que, a mediados del siglo pasado, era considerada como «acomodada» (cocinera y criada con cofia), ex propietarios de una fábrica de tejidos en Terrassa y que, como tantas otras, había ido a menos. Cuando, a pesar de la situación que se estaba viviendo,

mi madre les deseó que pasasen la Navidad de la mejor manera posible, se enteró de que todo lo que tenían para celebrarlo se reducía a un vaso de agua del grifo. En casa no es que hubiese gran cosa más –la escasez era generalizada–, pero sí que, a duras penas, en casa habían conseguido un cesto de sardinas, la mitad de las cuales, sin pertenecer ni al orden ni a la familia de los peces voladores, «volaron» de una puerta a otra del rellano.

Este caso creo que ejemplifica perfectamente como, según la circunstancia, una pequeña cosa puede ir mucho más allá de su aparente insignificancia. Recordemos, a tal propósito, *La ofrenda de la viuda pobre* (Mc 12,41-44): *Estaba Jesús sentado frente al arca de las ofrendas y miraba cómo la gente echaba dinero en ella. Muchos ricos echaban en cantidad. En esto llegó una viuda pobre que echó dos monedas de muy poco valor. Jesús llamó entonces a los discípulos y les dijo: Os aseguro que esta viuda pobre ha echado en el arca más que todos los demás. Porque todos los otros echaron lo que les sobraba, pero ella, dentro de su necesidad, ha echado cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir.*

RELATO NÚM. 12

El belén de Navidad

Como madre de familia que soy, he tratado de transmitir a mis hijos aquello que, en casa de mis padres, ha sido una tradición año tras año: construir el belén de Navidad, este formidable medio de pedagogía cristiana tan adecuado para los niños, si se es capaz de aprovechar su ilusión y su sentido profundo, aunque confieso que no he tenido mucho éxito, si bien pienso que quizás aún llegaré a tiempo con los nietos. Ojalá ellos puedan repetir de alguna manera mis gratos recuerdos, como cuando, de niña, solo se me permitía mover algún pastor; posteriormente, ya adolescente, poco a poco, incluso podía intervenir en el recorrido de los Reyes de Oriente cuando se aproximaba el 6 de enero y, finalmente, ya adulta, me fue traspasada toda la responsabilidad.

Consiguientemente, cuando se aproximan las fiestas navideñas, y la iluminación de las calles y escaparates de las tiendas nos deslumbran, no puedo evitar pensar que lo que precisamente debería ser un modelo de paz y de hermandad es, en gran medida, un señuelo que nuestra sociedad ha elaborado para estimular el consumo. Me entristece darme cuenta que el verdadero significado de

la Navidad se halle, hoy en día, tan alejado de su verdadero sentido y se haya convertido más bien en una fiesta mundana o, como mucho, familiar.

Es por ello que, cuando llego a casa y contemplo la sencillez de mi belén, más que nunca, para mí es como un refugio; un sentimiento infantil, si se prefiere. Mi belén: el establo con la Virgen María y san José y el niño Jesús en pañales. Y allí, al fondo, un buey y una mula. Ya de noche, no lejos del lugar, unos pastores cuidan su rebaño y se asustan cuando se les aparece un ángel del Señor. Pero el ángel les dice: *No tengáis miedo, porque vengo a traeros una buena noticia, que será causa de gran alegría para todo el pueblo. En la ciudad de David os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías, el Señor. Esta será la señal para que lo reconozcáis: encontraréis al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre* (Lc 2,8-12). Y, rápidamente, los pastores se ponen en camino para adorar al recién nacido. La buena nueva ya ha trascendido y otros pastores se encaminan hacia el establo para, igualmente, adorar al recién nacido y llevarle presentes. En mi belén también hay un río hecho con papel de plata, en cuya orilla hay dos mujeres lavando ropa. Y un puente, que hay que cruzar para acercarse al establo; ahora mismo, dos pastores con zamarra y alpargatas lo están cruzando. Y Melchor, Gaspar y Baltasar, procedentes de países

lejanos, encima de sus camellos y acompañados de sus pajes, andando día y noche, guiados por la estrella luminosa, yendo a ofrecer, cuanto antes mejor, oro, incienso y mirra al Niño. Y un papel azul, al fondo, con unas nubes que, sorprendentemente, permanecen inmóviles. E infinidad de casitas habitadas por quién sabe quién. Y montañas de corcho, y musgo por todas partes. Y –¡válgame Dios!– el *caganer*, que ningún año olvida hacer su «trabajo»...

Gracias, Dios mío, por ayudarme a apreciar estas pequeñas cosas. ¡Lodo seáis!

PARTE II
(Dinámica del juego)

Instrucciones

El juego consiste en que cada uno de los componentes de un grupo de cuatro, cinco o seis personas (si bien el número se puede ampliar en función del tiempo disponible) escoja el relato que le haya llamado más la atención, o aquél con el cual se haya sentido más identificado, al objeto de poderlo comentar, exponiendo sus argumentos y, a continuación, sugiriendo algunas preguntas al resto del grupo, el cual, a su vez, también podrá proponer las que considere oportunas, todo ello con el propósito de acceder entre todos a un intercambio de ideas y a un enriquecimiento mutuo.

Los relatos podrán conocerse con antelación, si ello es posible, o bien leer por primera vez los que figuran en la parte I de este libro, inmediatamente antes de proseguir con la parte II. También se puede invitar a los participantes a que, quien lo desee, proponga otros relatos que le parezcan suficientemente interesantes. En cualquier caso, es aconsejable que el total de temas no supere el doble del número de participantes al objeto de poder agilizar la dinámica del juego.

A modo de ejemplo, podemos imaginar que se ha formado un grupo de seis personas (una maestra, una médica, un autocomplaciente, un homosexual, un

místico y un ama de casa), los cuales, si no se conocen previamente, es recomendable que hagan una breve presentación, y digan qué relato prefieren comentar y por qué razón y, a continuación, planteen las preguntas que deseen al objeto de iniciar el diálogo. En este ejemplo figuran algunas, pero cada cual puede proponer las que crea más apropiadas.

Da igual si hay coincidencia de relatos preferidos porque, al haberlos escogido dos o más participantes diferentes, los motivos probablemente también sean distintos y, consiguientemente, podrán descubrirse nuevos aspectos o matices sobre el mismo tema.

El hecho de que en este ejemplo, de los doce relatos que figuran en la parte I del libro, solo se hayan escogido seis, no significa que los seis restantes se tengan que rechazar necesariamente, sino todo lo contrario. Si la disponibilidad de tiempo lo permite, puede continuarse con el comentario de más relatos tras los seis primeros que se hayan seleccionado.

Obviamente, habrá que ser respetuoso con el turno de palabra de cada participante, y no interrumpir a nadie, excepto que exista un motivo plenamente justificado.

El grupo de este ejemplo, con los relatos preferidos, podría quedar constituido de la siguiente forma:

Participante A (la maestra) = Relato núm. 3, **El voluntariado**

Participante B (la médica) = Relato núm. 8, **A punto de entrar al quirófano**

Participante C (el autocomplaciente) = Relato núm. 1, **Crec, crec, catacrec, catacrec, crec, crec**

Participante D (el homosexual) = Relato núm. 10, **La cuidadora gentil**

Participante E (el místico) = Relato núm. 9, **Contrastes**

Participante F (el ama de casa) = Relato núm. 12, **El belén de Navidad**

Participante A (la maestra) = Relato núm. 3, **El voluntariado**.

Mi nombre es Montse y he escogido para comentar el relato núm. 3, **El voluntariado**, porque es un tema que conozco y entiendo perfectamente. Yo misma, después de jubilarme, tras casi toda una vida como profesional de la enseñanza, ya hace unos cuantos años que me integré en un grupo de voluntarios, a fin de colaborar en la tarea de refuerzo educativo que lleva a cabo Cáritas en la ciudad donde resido.

El refuerzo educativo está dedicado a niños y niñas que, por causas diversas, presentan dificultades de aprendizaje en su escolarización. Generalmente se trata de hijos de inmigrantes sudamericanos, o de otras procedencias, pero especialmente de magrebíes con problemas añadidos relacionados con el idioma. Algunos, al margen de su origen, provienen de familias desestructuradas. Los padres de estas criaturas, a pesar de su escasa formación, aspiran a conseguir que sus hijos gocen en la vida de más oportunidades de las que ellos han tenido y que su futuro sea más prometedor.

Creo que transmitir y compartir el conocimiento es un acto de profunda humanidad. Y pienso que, a partir del momento en que ello se lleva a cabo por vocación, se

estimula el deseo de aprender y es entonces cuando verdaderamente se educa. Los niños y niñas tienen toda la vida por delante y, cuando sean adultos, sin duda recordarán que alguien, sin pedir nada a cambio, les ayudó.

Me gustaría mucho plantear algunas cuestiones que se me ocurren, relativas al tema de la enseñanza, la educación y la inmigración.

PREGUNTAS QUE SE PUEDEN PROPONER PARA INICIAR EL DIÁLOGO

- ¿Estáis de acuerdo en que enseñar y educar no es, en modo alguno, lo mismo?
- ¿Qué opinión os merece el maestro que trabaja solo para subsistir económicamente?
- ¿Creéis que colaborar en la educación de niños y niñas procedentes de otros países perjudicará los derechos de los autóctonos en un próximo futuro?

- ¿Pensáis que los inmigrantes tienen los mismos derechos y obligaciones que aquellos que no lo son? ¿Incluso los que están en situación ilegal?
- ¿Deseáis proponer alguna pregunta más sobre este tema?
- Y tú, estimado lector/a, ¿qué respuesta das a todas estas preguntas?

Participante B (la médica) = Relato núm. 8, **A punto de entrar al quirófano.**

Mi nombre es María. Soy médica forense. No soy creyente, sino más bien formo parte del colectivo de personas que afirman que, al llevar a cabo una disección, nunca han descubierto rastro alguno del alma o de Dios. Por consiguiente, al conocer mi incredulidad, es posible que os preguntéis cuál es el motivo de mi presencia aquí. Pues estoy aquí porque aún tengo la esperanza de que, algún día, en mi vida, la ciencia y la fe coincidan. Entretanto, no soy capaz de captar la presencia de Dios ni en las pequeñas cosas ni en las más grandes. Respeto las convicciones de todo el mundo y, a cambio, solo pido que se me respeten las mías. Y si la salvación existe, la reivindico también para mí, porque creo que, en cualquier caso, salvarse o no salvarse depende de la propia donación, sea cual sea la religión de cada cual –o la no creencia– porque entiendo que lo esencial no ha de ser en nombre de quién o de qué hagamos lo que hagamos, sino lo que hagamos. Y yo, por encima de todo, lo que hago es atreverme a amar al prójimo.

Mi profesión me muestra, día tras día, el dolor humano. Pero, como que no creo en Dios, no puedo preguntarle por qué lo permite. Simplemente, como tantas otras personas, no comprendo el sufrimiento, el

cual, a menudo, he visto reflejado en el semblante tanto de vivos como de muertos. Por esto, en principio, he estado a punto de escoger el relato núm. 2, **¿Pequeñas o grandes cosas cosas?**, porque Auschwitz me parece el paradigma más escalofriante de la crueldad humana; quizás el fracaso más importante que ha sufrido la humanidad. Pero, como ya he dicho, ni tan solo puedo preguntarme dónde se escondía Dios en aquel lugar y, por lo tanto, he preferido escoger el relato núm. 8, **A punto de entrar al quirófano**, porque se trata de un tema que, lógicamente, conozco.

Mi padre también era médico –de pueblo– y tampoco era creyente. Pero puedo asegurar que, además de ser el médico, era el amigo y casi el confidente de sus pacientes, por su dedicación y por su humanidad. Por dicha razón he escogido el relato que he escogido, porque entiendo perfectamente lo que siente un paciente antes de entrar al quirófano para ser intervenido, y la necesidad que tiene de recibir ánimos y confianza por parte del personal sanitario, y me consta que, lamentablemente, no siempre es así. La rutina y la tecnología, con los consiguientes avances científicos, siempre bienvenidos, frecuentemente nos deshumanizan y pueden provocar que el trato sea menos cercano y carente del afecto que el enfermo precisa y solicita.

PREGUNTAS QUE SE PUEDEN PROPONER PARA INICIAR EL DIÁLOGO

- ¿Creéis que solo por el hecho de esperar que la ciencia coincida con la fe, ya es una forma de hacer camino hacia Dios?
- ¿Pensáis que la incoherencia de algunos que se autoproclaman creyentes puede provocar la incredulidad de otras personas?
- ¿Qué opináis sobre el argumento tantas veces aducido de que si Dios existiese no permitiría el mal en el mundo?
- ¿Estáis de acuerdo en que la tecnología, a pesar de sus ventajas, ha perjudicado la relación entre médicos y pacientes?
- ¿Habéis experimentado personalmente, en alguna ocasión, el temor a entrar en un quirófano?
- ¿Deseáis proponer alguna pregunta más sobre este tema?
- Y tú, estimado lector/a, ¿qué respuesta das a todas estas preguntas?

Participante C (el autocomplaciente) = Relato núm. 1,
Crec, crec, catacrec, catacrec, crec, crec

Mi nombre es Pedro García, soy el subdirector de la oficina central de una de las más importantes entidades bancarias del país y formo parte de este grupo por casualidad y por curiosidad a partes iguales, a pesar de que no soy muy aficionado a analizar.

Ya que parece conveniente hacer una breve presentación, os diré que me considero a mi mismo una persona honrada: no perjudico a nadie, pago puntualmente mis impuestos y creo en Dios porque cumplo con todos los preceptos de la Iglesia. Respeto por encima de todo el orden, la puntualidad y el cumplimiento de todos mis compromisos. Ah, y también amo a mi esposa y a mis hijos, naturalmente. Ya sé que no soy perfecto –ni yo, ni nadie– pero pienso que casi, casi.

Con el esfuerzo de mi trabajo he conseguido la posición laboral y social de la cual gozo y todo lo que de ella se deriva: una casa confortable, una segunda residencia de verano, un buen coche y unas vacaciones anuales que aprovecho para viajar con mi familia cuanto más lejos mejor. Resumiendo, poseo un prestigio y un

estatus que, sin duda alguna, serían la envidia de muchos.

Todos los relatos propuestos los considero bastante interesantes, unos por una razón; otros, por otra. Quizás me decida por el relato núm. 1, **Crec, crec, catacrec, catacrec, crec, crec**, porque me ha hecho mucha gracia y porque me parece muy correcto hacer caridad. En todo caso, lo único que lamentaría es que el anciano del instrumento musical exótico no pueda extender un certificado del donativo recibido, para que el donante haga constar la correspondiente deducción en su declaración de renta.

PREGUNTAS QUE SE PUEDEN PROPONER PARA INICIAR EL DIÁLOGO

- ¿Verdad que no observáis ninguna actitud censurable en todo lo que os he expuesto?
¿Encontráis a faltar alguna cosa?
- ¿No creéis que para poder ayudar a los demás primero hay que ayudarse a sí mismo?
- ¿No opináis que, en general, el que no triunfa en la vida es por su propia culpa?

- ¿Deseáis proponer alguna pregunta más sobre este tema?
- Y tú, estimado lector/a, ¿qué respuesta das a todas estas preguntas?
- ¿Pensáis que hay algo más importante en la vida que la seriedad?
- ¿Tenéis alguna sugerencia a manifestar respecto a los valores que he mencionado (orden, puntualidad y cumplimiento de los compromisos)?

Participante D (el homosexual) = Relato núm. 10, **La cuidadora gentil**

 Mi nombre es Serafín y me imagino que mi presentación os sorprenderá. Soy gay, homosexual o, si lo preferís, marica. Comprendo vuestra extrañeza, no tanto por el hecho en sí mismo, sino por la sinceridad o la naturalidad con que lo manifiesto. De un tiempo a esta parte, no hago de ello ninguna ostentación, pero tampoco lo escondo. ¿Sabéis por qué razón? Pues porque ya estoy harto de haberlo tenido que disimular durante un montón de años, cuando esto era muy mal visto y estaba poco menos que estigmatizado por la sociedad. Una sociedad, por otra parte, muy hipócrita por criticar inclinaciones calificadas de inmorales o pervertidas y, al mismo tiempo, disculpar comportamientos absolutamente malvados. Yo no soy un malvado. Soy creyente y me reconozco pecador como el que más, pero no soy un malvado, porque he sido capaz de amar y aún amo profundamente a mi pareja, que conocí cuando éramos muy jóvenes y con la cual, tras vivir más de sesenta años juntos, continuo unido.

 ¿Cuántos matrimonios «normales» se han separado en un período de tiempo tan largo? ¿Cuántos se soportan? ¿Cuántos se quieren? Pues el amor entre nosotros dos

–sí, el amor– puedo afirmar que sigue más vivo que nunca.

Ambos tenemos ya más de ochenta años y nuestra salud es cada vez más precaria, pero no dejo de pedir a Dios que se me lleve a mí el último, para así poder cuidar a mi pareja hasta el final. Y cuando llegue mi turno, y Dios me pregunte si he amado, y yo le responda que he hecho todo lo que he podido, no creo que sea necesario precisar sexos. Yo he querido a una persona en particular, pero, siempre que me ha sido posible, he intentado echar una mano a todo el que lo necesitaba, porque pienso que el peor problema humano consiste en que, en lugar de compartir lo que poseemos, tratemos de acaparar lo que es de los demás. Por esta razón he escogido de la lista el relato núm. 10, **La cuidadora gentil**, porque me siento totalmente identificado con ella, y me parece que las pequeñas cosas que se describen son, precisamente, aquellas que yo, modestamente, siempre he tratado de llevar a término.

PREGUNTAS QUE SE PUEDEN PROPONER PARA INICIAR EL DIÁLOGO

- ¿Qué opináis, de las parejas de un mismo sexo?

- Si tuvieseis un hijo/a con estas características, ¿cómo reaccionaríais?
- ¿Alguna vez habéis tenido dudas respecto a vuestra inclinación sexual?
- ¿Pensáis que los homosexuales han de tener exactamente los mismos derechos que las parejas hombre-mujer (trabajo, efectos jurídicos, tolerancia, etc.)?
- ¿Somos capaces de tener una amistad sincera con un homosexual?
- ¿Qué opináis de las sociedades que hoy en día aún condenan, incluso con la pena capital, a los homosexuales? ¿Consideráis que nuestra sociedad, actualmente, aún es homófoba, o bien se trata de un asunto totalmente superado?
- ¿Deseáis proponer alguna pregunta más sobre este tema?
- Y tú, estimado lector/a, ¿qué respuesta das a todas estas preguntas?

Participante E (el místico) = Relato núm. 9, **Contrastes**

Mi nombre es Marcos. He escogido el relato núm. 9, **Contrastes** porque es el que más me ha aproximado a la infinitud de Dios. Pero, al mismo tiempo, también me sugiere su presencia en la aparente insignificancia de las cosas. Verdaderamente, creo que Dios está presente desde la constelación más lejana hasta la forma de vida más diminuta. Cuando se tiene la percepción de este hecho, manifestado ya por san Pablo cuando afirma que *Cristo es todo en todos* (Col 3,11), se empieza a andar un camino en el cual convergen el gozo y el dolor: el gozo por entrever la plenitud espiritual, y el dolor por no ser humanamente capaces de llenar el vacío existente en el recorrido para poder acercarnos a dicha plenitud. De todos modos, no se trata de andar un camino a tuestas si sabemos abrir los ojos a la Luz que nos ilumina y que puede mostrarse de formas muy diversas: ¿en el sentimiento de un amor profundo?, ¿en la contemplación de la naturaleza?, ¿en la desgracia, real o incluso aparente?, ¿en el sufrimiento?, ¿tal vez en un sueño?, ¿en un sueño?... Precisamente, quién os habla, no hace mucho tuvo un sueño, y teniendo en cuenta el grado de confianza que se ha establecido en este grupo, a pesar de no conocernos previamente, me atrevo a relatároslo por si descubríis en él algún significado:

Estamos en los años cuarenta del siglo pasado y nos hallamos en una gran aula llena de niños y niñas, todos –como yo mismo– aproximadamente de unos ocho o nueve años de edad. En la parte de delante, a mano derecha, está sentada la maestra responsable de mantener el orden y el control de la clase, en cuyo cometido, justo es decirlo, no obtiene gran éxito, puesto que el ruido es constante. A mi izquierda está sentada una niña –a pesar de que en aquel entonces no existía la coeducación– que está manipulando constantemente el tintero metálico, típico de la época, que estaba incrustado sobre una especie de pupitre con la parte superior inclinada, debajo de la cual había un cajón para poder guardar la cartera escolar, los libros y los cuadernos, así como el plumier que tanta ilusión nos hacía. Pero, ¡alerta!, porque el tintero está lleno de tinta y la niña está a punto de volcarlo. La maestra se da cuenta de ello, se levanta y va hasta donde está la niña para reñirla y ordenarle que deje de una vez el tintero en paz. A continuación, la maestra regresa a su asiento. La niña obedece, pero empieza a deslizar las manos por encima del pupitre, como para eliminar posibles motas de polvo o salpicaduras de tinta que pudiese haber. Yo me alarmo un poco y le pido que tenga mucho cuidado de no mancharme.

Mientras tanto, el ruido en la clase sigue siendo más que notable. Las criaturas hablan sin cesar y están algo revolucionadas. De pronto, el ruido desciende progresivamente de intensidad, al tiempo que se oye el canturreo de alguien que se aproxima por el corredor que hay en la parte posterior derecha de la clase. El sonido del canto va aumentando de volumen hasta que aparece una persona. Ahora el silencio es total, Todos están inmóviles; podría decirse que petrificados. El recién llegado es un joven de mediana altura, de dieciocho o diecinueve años de edad, anda pausadamente, empuñando un bordón con su calabaza en su mano derecha y lleva un zurrón a la altura de la cintura, lleno de quién sabe qué. Tiene todo el aspecto de ser un peregrino. Todo el mundo lo contempla extasiado y escucha su canto guardando un silencio absoluto. Se trata de un sonido más bien monótono; son cuatro compases que van repitiéndose continuamente, lentos y penetrantes, los cuales resuenan por todo el recinto:



El misterioso personaje da la vuelta entera a la clase sin dejar de cantar, y sale por la misma puerta por la

que había entrado, con la misma vestimenta; con idéntico equipaje. Lentamente el sonido del canto se aleja, al tiempo que disminuye su volumen y la clase, poco a poco, vuelve a recuperar la agitación y el ruido de antes. Y aquí finaliza el sueño.

PREGUNTAS QUE SE PUEDEN PROPONER PARA INICIAR EL DIÁLOGO

- Ante todo me excuso por no ofrecer de inmediato mi interpretación del sueño porque, probablemente, ello influiría en la vuestra, si es que tenéis alguna. Así, pues, prefiero exponerla una vez todos hayáis expresado libremente vuestra opinión. Por dicha razón, he escrito mi propuesta en una hoja aparte, y sugiero no leerla hasta estar seguros de que no se os ocurre ninguna idea más. Hecha esta puntualización, la primera pregunta es obvia; ¿creéis en la interpretación de los sueños y que éstos pueden ser portadores de algún tipo de mensaje? En caso afirmativo, ¿qué sentido pensáis que podría tener el que os acabo de relatar?
- Posiblemente, un mismo sueño –o un mismo hecho– puede admitir interpretaciones distintas. ¿A qué lo atribuí, esto?

- ¿Deseáis proponer alguna pregunta más sobre este tema?
- Y tú, estimado lector/a, ¿qué respuesta das a todas estas preguntas?

Una interpretación subjetiva del sueño

Tras haber escuchado vuestras interesantes opiniones sobre este sueño –como era de esperar, ha habido diferentes versiones– trataré de expresar lo que a mí me ha inspirado. En primer lugar, entiendo que hay dos partes bien diferenciadas respecto a su significado:

- a) La clase
 - b) El visitante misterioso
- a) La clase llena de niños y niñas haciendo ruido simboliza el mundo, porque la inmensa mayoría de adultos de esta sociedad llamada del bienestar somos como criaturas entretenidas con nuestros juguetes: casa, coche, vacaciones, saldo bancario positivo, protagonismo, prestigio, egoísmo, vanidad y frivolidad... ¡estupideces!, olvidándonos de aquello

que debería de ser lo esencial (que cada cual lo valore).

- b) El análisis del visitante misterioso es mucho más complejo. Efectivamente, se trata de un peregrino. Y podría ser cualquiera de nosotros, porque todos sin excepción somos peregrinos de un viaje muy breve por la clase (el mundo). La vestimenta inalterable que abandonamos este mundo del mismo modo como hemos llegado, es decir, sin nada material añadido. Ignoramos el contenido del zurrón, pero esto no parece tener mayor importancia. Lo más remarcable es que, por decirlo de alguna manera, llegamos desnudos y partimos igualmente desnudos. ¿Qué sentido tiene, pues, su –nuestro– recorrido por estos andurriales? Observemos que, aunque el peregrino no coge nada del aula, sí deja algo. Deja, ni más ni menos que su canto, el cual es un símbolo de donación que ilumina el sentido de su paso por la clase. Este es el mensaje realmente profundo del sueño. Y si hacia el fin del viaje de cada uno de nosotros nos asalta el temor de haber pecado de tacaños respecto a nuestra aportación, pensemos, una vez más, que en las pequeñas cosas llevadas a cabo de todo corazón, Dios también habrá estado presente.

Participante F (el ama de casa) = Relato núm. 12, **El belén de Navidad**

Mi nombre es Elena. Yo no soy capaz de expresarme en la forma tan elevada como lo ha hecho el compañero que me ha precedido. Desde el día en que me casé, solo he sido un ama de casa. Y no es que me arrepienta de ello, a pesar de que nuestra sociedad no valora suficientemente las tareas del hogar, o atender a la familia, como si esto no fuese en sí mismo una ocupación.

Mi vida de esposa y madre ha transcurrido sin grandes sobresaltos; con alegrías y penas –supongo que como todo el mundo– y, hasta el presente, sin ningún trastorno importante. Por todo ello, nunca me ha pasado por la cabeza cambiarla por otra, aunque reconozco que, de un tiempo a esta parte, me aburro. Es como si mi corazón estuviese adormecido y el relato núm. 12, **El belén de Navidad**, por unos momentos lo hubiese desvelado, al descubrir el inmenso valor de las pequeñas cosas. Es por dicha razón que lo he escogido en primer lugar: por su gran ternura y por su profunda bondad. ¡Ojalá Dios me ayudase a saber apreciar, en medio de la monotonía y la rutina de la vida cotidiana, su mano y su presencia en las pequeñas cosas!

PREGUNTAS QUE SE PUEDEN PROPONER PARA INICIAR EL DIÁLOGO

- Un ama de casa, por el hecho de serlo, ¿pensáis que tiene más o menos posibilidades de descubrir a Dios en las pequeñas cosas?
- ¿Y una mujer o un hombre solteros, sin pareja ni hijos?
- ¿Podéis citar algún ejemplo de un hecho parecido al relatado en **El belén de Navidad** que os haya impresionado?
- ¿No teméis que las pequeñas cosas os hagan olvidar otras de mayores?
- ¿Deseáis proponer alguna pregunta más sobre este tema?
- Y tú, estimado lector/a, ¿qué respuesta das a todas estas preguntas?

EPÍLOGO

El juego ha concluido. A continuación puede hacerse una puesta en común, en la cual cada participante tendrá la oportunidad de exponer como ha vivido esta experiencia: qué ha sido lo que más le ha gustado; qué ha echado en falta; qué lo ha decepcionado y qué sugerencias se le ocurren para mejorar la dinámica y el resultado de todo el conjunto.

Lo ideal sería que cada participante, dentro de sus posibilidades, tratase de difundir este juego como un sistema para profundizar en la espiritualidad de forma participativa y creativa. Aquí solo se ha mostrado una propuesta a modo de ejemplo, pero hay que tener en cuenta que es posible aplicar numerosas variantes.

De todas maneras, no olvidéis la primera parte de este libro, sin duda la más importante y, también, la más difícil, porque es la que nos puede ayudar a ser capaces de captar la presencia de Dios en las pequeñas cosas. Y ojalá el fruto de esta constatación sea actuar en consecuencia.

No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También puede accederse gratuitamente a su texto a través del web www.imacxiom.com

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- **Dios, ese desconocido** (Un testimonio de fe)
- **El más allá, ese desconocido** (El gozo de la esperanza)
- **La caridad, esa desconocida** (Eclosión de amor)
- **La paz, esa desconocida** (¿Una utopía?)
- **La Virgen María, esa desconocida** (Un intento de aproximación a la santidad de la Virgen María)